**LA PALOMA Y LA HORMIGA**

“Había una vez una hormiga que, sedienta, se acercó a beber a un río. Sin embargo, una vez allí se vio arrastrada por la corriente. Estaba ahogándose cuando una paloma, que se encontraba posada en una rama de un árbol cercano, observó la escena y acudió rauda a salvarla.

Tras ponerla a salvo, la hormiga agradecida le prometió que algún día le devolvería el favor si podía a pesar de su diminuto tamaño.

Pasó el tiempo y un día un cazador llegó a la zona. Viendo a la paloma posada, aprestó su arma y se preparó para cazarla.

Sin embargo la hormiga, que se hallaba cerca, vio la escena y acudió rauda a cumplir su promesa. La hormiga picó en el talón al cazador, el cual ante el dolor soltó su arma. La paloma aprovechó la oportunidad para salir huyendo, volando, salvando su vida".

**BÓREAS Y HELIOS**

“Bóreas y Helios se disputaban quién era más fuerte, decidiendo que se le daría la victoria a aquel que lograra quitarle la ropa a un caminante de la zona. Bóreas sopló y sopló con gran fuerza para quitársela. Sin embargo, ante el fuerte viento el hombre se agarró la ropa con cada vez más fuerza, e incluso llegó a ponerse una prenda más gruesa debido al frío.

Cansado, Bóreas dejó el turno a Helios. Este al principio brilló de manera moderada, de tal manera que el hombre dejó de tener frío y empezó a quitarse la prenda gruesa. Poco a poco Helios fue aumentando el calor, hasta que finalmente el hombre decidió quitarse la ropa para bañarse".

**EL CUERVO Y LA JARRA**

Un cuervo se acercó, medio muerto de sed, a una jarra que creyó llena de agua; mas, al introducir su pico por la boca de la vasija, se encontró con que sólo quedaba un poco de agua en el fondo y que no podía alcanzarla, por mucho que se esforzaba. Hizo varios intentos, luchó, batalló, pero todo fue inútil. Se le ocurrió entonces inclinar la jarra, probó una y otra vez, pero al fin, desesperado, tuvo que desistir de su intento. ¿Tendría que resignarse a morir de sed?
De pronto, tuvo una idea y se apresuró a llevarla a la práctica. Cogió una piedrecilla y la dejó caer en el fondo de la jarra; cogió luego una segunda piedrecilla y la dejó caer en el fondo de la jarra; cogió otra piedrecilla y la dejó caer en el fondo de la jarra; cogió otra piedrecilla y la dejó caer en el fondo de la jarra; cogió otra piedrecilla y la dejó caer en el fondo de la jarra… hasta que, ¡por fin!, vio subir el agua. Entonces, llenó el fondo con unas cuantas piedrecillas más y de esta manera pudo satisfacer su sed y salvar su vida.

1. ¿Qué opinas sobre la acción de la paloma hacia la hormiga?
2. ¿Qué opinas sobre la acción de la hormiga hacia la paloma?
3. ¿Qué opinas de la acción que realizó Bóreas para ganar el desafío?
4. ¿Qué virtud le atribuirías a Helios?
5. ¿Qué virtud o virtudes atribuirías al cuervo de esta fábula?

**LOS MELOCOTONES**

El campesino Tikhom Kuzmitch, al regresar de la ciudad, llamó a sus hijos.

—Mirad —les dijo— el regalo que el tío Ephim os envía.

Los niños acudieron: el padre deshizo un paquete.

—¡Qué lindas manzanas! —exclamó Vania, muchacho de seis años—. ¡Mira, María, qué rojas son!

—No, probable es que no sean manzanas —dijo Serguey, el hijo mayor—. Mira la corteza, que parece cubierta de vello.

—Son melocotones —dijo el padre—. No habíais visto antes fruta como ésta. El tío Ephim los ha cultivado en su invernadero, porque se dice que los melocotones sólo prosperan en los países cálidos, y que por aquí sólo pueden lograrse en invernaderos.

—¿Y qué es un invernadero? —dijo Volodia, el tercer hijo de Tikhon.

—Un invernadero es una casa cuyas paredes y techo son de vidrio.

»El tío Ephim me ha dicho que se construyen de este modo, para que el sol pueda calentar las plantas. En invierno, por medio de una estufa especial, se mantiene allí la misma temperatura.

»He ahí para ti, mujer, el melocotón más grande; y estos cuatro para vosotros, hijos míos.

—Bueno —dijo Tikhon, por la noche—. ¿Cómo halláis aquella fruta?

—Tiene un gusto tan fino, tan sabroso —dijo Serguey—, que quiero plantar el hueso en un tiesto; quizá salga un árbol que se desarrollará en la isba.

—Probablemente serás un gran jardinero; ya piensas en hacer crecer los árboles —añadió el padre.

—Yo —prosiguió el pequeño Vania— hallé tan bueno el melocotón, que he pedido a mamá la mitad del suyo; ¡pero tiré el hueso!

—Tú eres aún muy joven —murmuró el padre.

—Vania tiró el hueso —dijo Vassili, el segundo hijo—, pero yo lo recogí y le rompí. Estaba muy duro, y dentro tenía una cosa cuyo sabor se asemejaba al de la nuez, pero más amargo. En cuanto a mi melocotón, lo vendí en diez copeks; no podía valer más.

Tikhon movió la cabeza.

—Pronto empiezas a negociar. ¿Quieres ser comerciante? ¡Y tú, Volodia, no dices nada! ¿Por qué? —preguntó Tikhon a su tercer hijo, que permanecía aparte—. ¿Tenía buen gusto tu melocotón?

—¡No sé! —respondió Volodia.

—¿Cómo que no lo sabes? —replicó el padre—. ¿Acaso no lo comiste?

—Lo he llevado a Gricha —respondió Volodia—. Está enfermo, le conté lo que nos dijiste acerca de la fruta aquella, y no hacía más que contemplar mi melocotón; se lo di, pero él no quería tomarlo; entonces lo dejé junto a él y me marché.

El padre puso una mano sobre la cabeza de aquel niño, y dijo:

—Dios te lo devolverá.